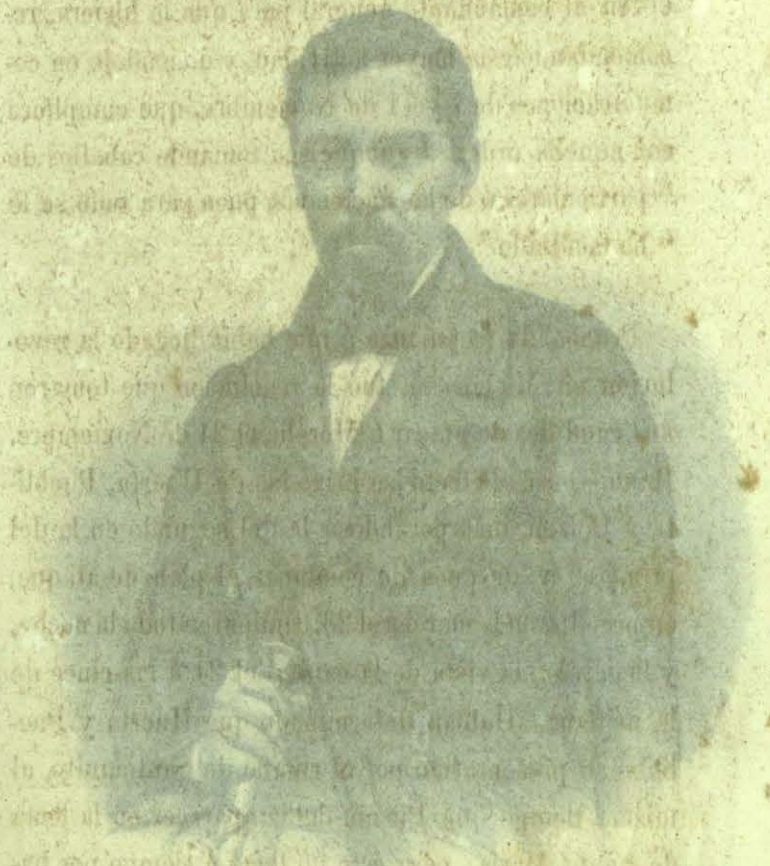


orden al comandante general para que lo hiciera, recomendándole la mayor actividad, y diciéndole en comunicaciones de 7 y 11 de Noviembre, que cumpliera con aquella orden, "aunque sea tomando caballos de particulares ó de las haciendas, pues para todo se le ha facultado."

Prueba de la pujanza á que habia llegado la revolucion en Michoacan, fué la resolucion que tomaron sus caudillos de atacar á Morelia el 24 de Noviembre. Reuniéronse al efecto las brigadas de Huerta, Pueblita y Pinzon, incorporándose la del segundo en la del primero; y despues de combinar el plan de ataque, emprendieron la marcha el 23, caminaron toda la noche, y llegaron á la vista de la capital el 24 á las cinco de la mañana. Habian determinado que Huerta y Pueblita se presentarian por el rumbo de Santiaguito, al mismo tiempo que Pinzon debia aparecer en la loma de Santa María; pero éste no llegó á tiempo por háberselo estorbado lo malo del camino, y los otros dos tuvieron que esperar mas de tres horas á la vista de la ciudad, sufriendo el fuego de la artillería enemiga, y dando lugar á que la guarnicion se preparara bien á la resistencia. A pesar de este primer contratiempo, la ciudad habria caido en poder de aquellos valientes caudillos, á no ser por el oportuno refuerzo que recibió la guarnicion. Huerta y Pueblita se apoderaron de la



GENERAL EVENCIO HUERTA



orden al comandante general para que le hiciera recomendarle la mayor actividad, y diciéndole en comunicaciones de 7 y 11 de Noviembre, que cumpliera con aquella orden, mandando al mismo tiempo caballos de...

Después de esto, el día 13 de Noviembre la revolución de Matamoros se extendió a Pecos, que tomaron los rebeldes el día 21 de Noviembre. Continuaron los combates en Matamoros, Pecos, Pochota y Pecos, combates que se prolongaron en la del primero y el segundo, combates de mucha importancia, emprendiendo la columna de Matamoros una marcha, y llegando a Pecos el día 14 de las cinco de la mañana. Después de esto, como Huitzo y Pochota se prepararon para el combate de Santiago, al mismo tiempo que Pinzon debia aparecer en la loma de Santa Maria; pero esta no llegó a tiempo por haberlo estorbado lo malo del camino, y los otros dos tuvieron que esperar mas de tres horas a la vista de la ciudad, volviendo el fuego de la artillería enemiga, y dando lugar a que la guarnición se preparara bien a la resistencia. A pesar de este primer contratiempo, la ciudad haita pudo soportar de aquellos valientes combatientes, a no ser por el oportuno refuerzo que recibió la guarnición. Huitzo y Pochota se separaron de la...



GENERAL D. EPITACIO HUERTA.



garita de Chicácuaro, y Pinzon un poco mas tarde de la de Santa María: unos y otros llegaron hasta la plaza, en cuyas boca-calles se presentó su formidable caballería, arrollando á los enemigos en todas direcciones, y haciendo en ellos grandes destrozos, mientras que la infantería, apoderada de las alturas principales, hacia tambien mucho daño á los defensores de la plaza. Pero cuando ésta iba ya á sucumbir, se presentó de refresco el general Tabera con su brigada, compuesta de 1,500 hombres y seis piezas de artillería, lo cual obligó á los caudillos revolucionarios á retirarse, cuando eran ya casi dueños de la ciudad.

Murió en el combate de aquel dia el general Don Domingo Echeagaray, traspasado por una bala al pretender rechazar una de las columnas que entraban en la plaza. Aquel mismo dia habia tomado el mando político y militar de Michoacan, en lugar de Torrejon que habia sido destituido. Los partidarios de la revolucion hicieron justicia al general Echeagaray, diciendo que habia perecido como un valiente: su gobierno, el gobierno por quien se habia sacrificado, apenas tuvo una palabra que decir para deplorar su muerte ni honrar su memoria.

Tan distante estaba de pagar este tributo de justicia á los que le servian con desgracia, que habiendo nom-



brado despues de aquel acontecimiento, comandante general de Michoacan á Don Manuel Noriega, le decia el ministro en una de sus comunicaciones, para escitarle á perseguir activamente á los rebeldes y á no tener piedad con los *desafectos*, que sus antecesores habian sido "cobardes, ineptos, criminales y de conducta infame." En aquella misma comunicacion, que era del 30 de Noviembre, se le prevenia al comandante general de Michoacan, que á nadie se pagara mas que á los militares.

A principios de Diciembre de 1854, recibió la revolucion en el Sur un impulso poderoso. Lo pudieron notar hasta los que menos enterados se hallaban de la fuerza misteriosa que iba desarrollando aquellos acontecimientos. Era que estaba ya otra vez en el foco de la revolucion, para infundir aliento y brio á sus defensores, el hombre que tan buen principio habia sabido darla con su talento, con su prudencia y con su valor: Don Ignacio Comonfort habia regresado á Acapulco el 7 de Diciembre, de vuelta de su expedicion á los Estados-Unidos. Conviene referir las causas de este viaje y los pormenores de él, porque es uno de los hechos mas interesantes de aquella época. El viaje de Comonfort á los Estados-Unidos salvó á la revolucion, y acabó de revelar á México las virtudes de este ciudadano.

Asombro causaba á todos los habitantes de la República el que los pronunciados del Sur pudieran sostenerse tan aiosos en su empresa contra un gobierno tan poderoso como el de Santa-Anna, cuando á éste le costaba tanto trabajo hacer frente á sus compromisos, no obstante ser dueño de todas las rentas de la nacion, del producto de sus infinitas contribuciones, de cuantiosos préstamos, y por último, de los siete millones que le valió el tratado de la Mesilla. A pesar de esto, se ha visto ya cuáles eran los medios que empleaba para llevar adelante la lucha; medios vejatorios, que si bien estaban en la cuerda de una política desatentada, no por eso dejaban de revelar las escaseces y penurias del erario.

¿Cómo, pues, se mantenian los caudillos del Sur, que no contaban con ninguno de los elementos del gobierno? ¿Cómo alimentaban y vestian á sus tropas? ¿Cómo las proveian de municiones, armas y pertrechos de guerra? ¿Qué hacian para subvenir á los enormes gastos que exige una campaña, en la cual importa mas tal vez lo que se inutiliza y se pierde, que lo que se aprovecha y se consume?

Desde luego se comprende que las fértiles tierras del Sur, aunque de prisa y mal cultivadas por sus habitantes, produjesen suficientes frutos para cubrir las



pocas necesidades de aquellos soldados-labradores tan sóbrios como valientes: bien sabido es que cuestan poco el alimento y el vestido de los buenos soldados de la libertad. ¿Pero cómo se cubrían las necesidades de la guerra? ¿Cómo se proveían de armas y municiones?

Aquí está el secreto que causaba maravilla, y que todavía no pueden explicar bien los que ignoran cuántos afanes y desvelos costó al defensor de Acapulco el proveer á estas necesidades. Bien quisto en la ciudad por sus virtudes, bien relacionado y estimado por sus prendas, pudo á los principios encontrar abiertas las arcas de sus numerosos amigos, despues que se le acabó, muy pronto, una pequeña suma que pudo realizar de su propiedad privada.<sup>1</sup> Pero ni aquel recurso podia durar mucho tiempo, fundado como estaba en el crédito particular de una persona, ni el pobre puerto de Acapulco tenia de ningun modo elementos para subvenir al cúmulo de atenciones que sobrevinieron mas tarde. Entonces fué cuando Don Ignacio Comonfort tuvo que desplegar todos los recursos de su actividad y de su genio, para proporcionar á los otros caudillos de la revolucion los medios de sostener la

<sup>1</sup> La primera suma que entró en las cajas de la revolucion, fueron mil pesos que Don Ignacio Comonfort pudo reunir vendiendo un rancho de su propiedad.

empresa, y para dar de comer á la pequeña guarnicion de la plaza que le estaba encomendada. Lo consiguió por algun tiempo aunque á costa de grandes vijilias y de sacrificios bien estraños;<sup>2</sup> pero llegó un dia en que el gobernador de Acapulco vió próximo el momento de una miseria espantosa para la causa popular, y de un triste fin para la revolucion tan gloriosamente empezada. Los recursos se habian agotado allí: era preciso buscarlos en otra parte y de cualquier modo.

Concibió entonces Don Ignacio Comonfort el proyecto de hacer un viaje á San Francisco de California, para ver si allí encontraba modo de hacer un empréstito que sacara á la revolucion de los conflictos en que iba á verse; y comunicó su pensamiento al general Alvarez, pidiéndole permiso para ponerlo en práctica. Trabajo le costó al general acceder á ello, como quien conocia la importancia de Comonfort, que era el alma de la comun empresa por la sabiduría de sus consejos y el auxilio de su resuelto carácter; pero cedió al fin á las instancias de su compañero, y á la convicción que le infundió, de que era necesario aquel viaje para

<sup>2</sup> Vez hubo en que el gobernador de Acapulco, viéndose sin un real para la guarnicion, tuvo que ir de casa en casa, comprometiendo á las señoras sus amigas á que le dieran tal cual moneda que en sus almohadillas tenian guardada, y reuniendo de este modo lo puramente indispensable para dar de comer á sus soldados.



evitar las angustias que se les preparaban, y el desastroso fin de la causa que defendian.

Salió, pues, Comonfort de Acapulco por el mes de Junio, y pasó á San Francisco. Allí solicitó de cuantas maneras pudo, un préstamo para la revolucion; pero como por una parte habia pocos que tuvieran fé en ella, y como por otra le era preciso dirigirse á gente estraña, no encontró quien obsequiara sus deseos de la manera que habian menester su delicadeza y su patriotismo. Muchos hubo que le ofrecieron cuantos fondos fueran necesarios para llevar á cabo la empresa, pero todos querian hipoteca de alguna parte del territorio nacional, ó exijian otras condiciones que no podia admitir quien llevaba por norte la seguridad y el decoro de su patria.

Perdida toda esperanza en San Francisco, pasó á Nueva York, harto desconsolado por el mal éxito de sus primeras tentativas, pero sacando del fondo de su alma enérgica las esperanzas que siempre le alentaban. No fué allí por lo pronto mas afortunado que en San Francisco. Los extranjeros le exijian siempre condiciones que no podia aceptar un buen ciudadano; y los que no lo eran, se negaban redondamente á comprometer sus capitales en una empresa que juzgaban desesperada. Tras de no conseguir su objeto, el

heróico defensor de Acapulco tuvo que devorar en Nueva York la amargura de ver desconceptuada una empresa que le debia el sér y los mejores dias de gloria que habia tenido. Habian llegado hasta allá las calumnias esparcidas por el gobierno dictatorial contra la revolucion, y habian tenido la fortuna de hacer mella en los ánimos, de tal modo que aun los enemigos de la dictadura consideraban lo del Sur como un levantamiento sin concierto ni plan fijo, y sin ninguna probabilidad de buen resultado. Comonfort, en medio de sus angustias, tuvo que vindicar á la revolucion de las malas especies que se hacian correr sobre ella, y lo hizo victoriosamente por medio de algunos periódicos de Nueva York. Su nombre, que habia llegado á la república vecina, rodeado del aplauso y del respeto de todos los hombres imparciales, bastó para devolver el prestigio á la causa con que estaba ligado.

Corria entretanto el tiempo, y aumentábanse las angustias de Comonfort á medida que se pasaban los dias sin lograr nada. Pensaba en la revolucion, que podia espirar de un momento á otro, porque le faltaban todos los elementos de vida; pensaba en sus heróicos compañeros, que tal vez estaban luchando sin esperanza con los ejércitos de la dictadura y con los horrores de la miseria; pensaba en su buena guarnicion de Acapulco, que acaso le aguardaba desnuda y